

Análisis crítico de las diversas interpretaciones del subdesarrollo: Punto de vista latinoamericano

Salvador Osvaldo Brand

El licenciado William Pleitez en un reciente ensayo titulado "Alcances y Límites de la Teoría del Desarrollo: Un Análisis Crítico de las Diversas Interpretaciones del Subdesarrollo", ha enfocado uno de los temas más trascendentales de la investigación económica, y como el autor lo advierte, se habla tanto de la "crisis de las teorías del desarrollo", que a su juicio es oportuno y relevante elaborar una revisión crítica de los diversos análisis hechos acerca del desarrollo.

No hay duda que debe compartirse el interés de Pleitez por entrar a la discusión de la teoría del subdesarrollo, no sólo por un interés académico, sino sobre todo por divulgar el aspecto fundamental de la economía política, cuyo conocimiento cada vez más profundo, permitirá interpretar la realidad nacional y buscar, como él mismo cita, aquellas estrategias más factibles para superar la crisis en que se encuentran, especialmente, países como el nuestro y en general los del área centroamericana.

Pleitez parte de que la noción de desarrollo y las teorías del desarrollo subdesarrollo aparecieron en la ciencia económica esencialmente a partir de los trabajos de F. Perroux, A. O. Hirschman y G. Myrdal, después de la fase de reconstrucción que siguió a la II Guerra Mundial, en un contexto marcado por el crecimiento acelerado en los países occidentales y por la acen tuación de la pobreza y del hambre en el resto del mundo. Luego entra a explicar en términos globales las diversas representaciones y análisis elaborados en los últimos treinta años con respecto al desarrollo, indicando que las corrientes principales son la "liberal" y la "tercermundista"¹.

El autor concluye que ni la corriente tercermundista ni mucho menos la liberal han sido capaces de proponer una construcción teórica capaz de mostrar el grado de complejidad del proceso de subdesarrollo. Y aunque la

actitud crítica de los autores del tercer mundo "ha contribuido a localizar el subdesarrollo", ésta presenta grandes debilidades en cuanto a la proposición de políticas concretas de desarrollo, acordes a las reorientaciones múltiples que adopta la división internacional del trabajo y a las especificidades que presenta cada país subdesarrollado².

El ensayo citado se comentará a continuación, naturalmente con un sentido crítico, pero con el afán sincero de contribuir a complementar dicha investigación, a la vez que aclarar algunos conceptos que a juicio del suscrito son muy discutibles en la forma que los ha expuesto Pleitez.

Para comenzar, y ante los lamentos del autor de que las teorías tercermundistas actualmente adolcen de grandes debilidades, debe explicarse que tal situación no debe descorazonarlo, sino que al contrario, debería impulsararlo para continuar esfuerzos con el fin de que esas "debilidades" se superen y poder disponer en un día cercano de una teoría latinoamericana del subdesarrollo consistente, pues Pleitez no ignora que en cualquier proceso de investigación particular se absorben las experiencias que la humanidad, y los científicos en especial, han acumulado en su lucha por acercarse a una comprensión más profunda del mundo del subdesarrollo, a fin de transformarlo para alcanzar niveles más elevados de bienestar. Ello a pesar de todas las vicisitudes que el hombre ha enfrentado a lo largo de su historia, que muestra el predominio de intereses de clase, de relaciones de explotación y de desigualdad social.

Sobre el caso, también debe comprenderse que la investigación es una tarea que aleja al hombre de la ignorancia o de un conocimiento superficial y abre nuevas interrogantes que requieren resolverse. El hombre conoce, pero a la vez ignora, y a medida que profundiza en el conocimiento científico de la sociedad, por la misma dialéctica surgen nuevos aspectos y relaciones que es necesario investigar.

La realidad es, pues, infinita, algo que no tiene estación final y lo mismo sucede con la investigación, que es alentada por las dudas que permiten el espíritu humano no detenerse en el proceso de conocimiento. La investigación es duda y conocimiento, es dialéctica que se vive e impulsa al desarrollo y a la superación de la ciencia. Es por eso que se comporende la reflexión expresada por Carlos Marx cuando le preguntaron en una ocasión que cuál era su mayor virtud y él respondió: "Dudar, dudar de todo... para poder investigar...³.

Fundamentalmente no debe excluirse que el ambiente que rodea al científico social de nuestra región, no es el más propicio para desenvolver toda su creatividad, dada la situación política, social, económica, cultural e ideológica de los países no desarrollados y en ese sentido, debe reconocerse que la construcción del conocimiento científico, lamentablemente, está suspeditada a las condiciones materiales de existencia. El ejemplo más patético de estas circunstancias lo da el mismo Marx cuando le confesó a

Engels que "el aEngels que "el Capítulo IV de El Capital fue escrito bajo la plaga de forúnculos y sufriendo los ataques diarios de mis acreedores..."⁴.

Pero una de las acciones desafortunadas que llaman la atención en la disertación de Pleitez, es que para explicar la posición "tercermundista" tenga que acudir extrañamente a economistas de países industrializados, como son F. Perroux, A.O. Hirschman y G. Myrdal, apoyándose posteriormente en C. Palloix, S. Amín, A. Enmanuel y P.P. Rey⁵. Se menciona ésto porque el suscrito está muy seguro de que Pleitez no desconoce la contribución a la teoría del subdesarrollo de destacados científicos sociales latinoamericanos como R. Prebisch, O. Sunkel, O. Popescu, A. García, Ruy Mauro Marini, A. Gunder Frank, Antonio García, D.F. Maza Zavala, T. dos Santos, X. Gorostiaga, J. Noyola, E. Torres Rivas, R. Menjívar, para citar unos cuantos, cuyas ideas era exigible consultar no sólo por conveniencia, sino para precisar mejor los fundamentos de la posición de los países subdesarrollados.

Claro que esta actitud no es tan novedosa y quizá no debiera extrañarnos, pues la influencia de los enfoques tradicionales ha sido muy notable en los casos de economistas nacionales, cuya formación a través de maestrías o post-gradados ha sido completada en el extranjero, aún en aquellos que ideológicamente han estado compenetrados de que el funcionamiento de economías oligárquicas debe estudiarse no a la luz de enfoques conservadores, sino con el respaldo de marcos teóricos, históricos e institucionales, que expliquen más racionalmente la naturaleza de los desequilibrios que impiden el crecimiento y el desarrollo⁶.

Es más, esta postura no debiera ser criticable, pues es producto de nuestra formación en las escuelas de economía, lo que ha provocado que nos conformemos con las ideas de autores anglo-sajones que han enfocado la teoría del desarrollo desde su propio ángulo. Precisamente los autores más conocidos desde la década de los sesenta fueron Rosenstein-Rodan, R. Nurske, W. Rostow, G. Myrdal, A. Hirschman, R. Harrod, E. Domar, H. Chenery, los europeos R. Barre, J.J. Schreiber y Joan Robinson. En esa época sólo un latinoamericano se mencionaba: Raúl Prebisch, y más que todo porque su cargo de Secretario General de la CEPAL le daba el ropaje necesario para ser escuchado, un poco a la fuerza, en los foros económicos mundiales.

Por eso es que resulta doloroso —como dijera José Consuegra, refiriéndose al aporte de los economistas colombianos de los siglos XVIII y XIX— que después de tantos esfuerzos, la discusión continua y la creatividad de nuestros antepasados, hoy como ayer, en las cátedras se sigan repitiendo sin reservas los mismo conceptos y se apliquen en la política económica, teorías o prácticas enunciadas por los estrategas de las economías dominantes.

Para orientar esa discusión debe enfatizarse que el subdesarrollo como la dependencia no son en sí "teorías": son situaciones que se desprenden

de todo un proceso histórico que se enmarca en el dominio de unos países sobre otros. Claro está que toda situación o conjunto de hechos que caracterizan a una estructura económica o una sociedad dada, puede y debe ser analizada de manera concreta y en el contexto de todas sus relaciones para enjuiciar y deducir causales. En el estudio de estas causas se desprenden, en rigor de la metodología, las hipótesis, tesis y teorías. Como se trata de un fenómeno social, habrá de suponerse que las interpretaciones son distintas. Por eso en el tratamiento del subdesarrollo hay enfoques desiguales y por lo tanto polémicos, por no decir antagónicos.

Es necesario reconocer además, que los hechos que surgen dentro del fenómeno del subdesarrollo nunca son puramente económicos, sino que son también políticos, sociales e institucionales y por tanto, requieren de un enfoque mucho más amplio de lo que puede ofrecer sólo la economía. De esta manera, mientras los teóricos del crecimiento se esfuerzan por explicar el desarrollo económico en los países más avanzados, relegan a rango secundario los factores sociales. Por su parte, los análisis de los economistas de países subdesarrollados tienden a subrayar la importancia de los factores no económicos dentro del crecimiento. Acaso sea esta circunstancia la que ha llevado a una generalización como la expuesta por A. Cairncross, en el sentido de que hay una relación inversa entre el nivel de desarrollo económico y la importancia de los factores no económicos.

En otras palabras, cuanto más atrasada es una economía, mayor es el papel de los factores no económicos en su situación económica. Empero, esto no es una "ley" sino cierto tipo de ilusión óptica, pues no se trata tanto de la importancia de los factores sociales en el crecimiento económico, cuanto de su poder de retardarlo. Por lo general, una economía industrializada va acompañada de ambientes sociales e institucionales avanzados que ejercen una influencia positiva en el crecimiento económico y en estos casos los factores sociales permanecen "invisibles"; en cambio en los países no desarrollados, la influencia retardaría de un ambiente social e institucional atrasado es dolorosamente obvia; con ello los factores no económicos llegan a ser perfectamente identificables. En conclusión, el desarrollo económico o su ausencia, el subdesarrollo, son el resultado de una combinación —favorable o desfavorable— de factores económicos y no económicos, o sea no son independientes. Su desconexión es simplemente una abstracción simplicadora que no siempre provoca resultados positivos⁷.

Aunque el análisis del subdesarrollo tuvo, por ironía, sus raíces en los países industrializados, contribuyó junto con los esquemas keynesiano y neoclásico, a conformar los criterios de los economistas y dirigentes del tercer mundo. Muchos de éstos, incluso, estudiaron en algún país desarrollado o en universidades nacionales que copiaban su silabario. Posteriormente ellos mismos sintieron que el arsenal teórico que manejaban estaba doble-

mente alejado de la realidad, pues reflejaba las doctrinas elaboradas para otros países en respuesta a sucesos de épocas anteriores.

Por supuesto que todo aquel conjunto de doctrinas ahora yace en ruinas. En pocas palabras, en los años cincuenta los economistas de los países industrializados percibieron y explicaron en forma errónea que los problemas eran fundamentalmente cíclicos, cuando la realidad ha demostrado que son esencialmente estructurales. Esto da un indicio acerca de por qué los modelos históricos de los países avanzados capitalistas o socialistas, no se pueden copiar ni transplantar. Incluso en las etapas embrionarias de su evolución, esos países no estuvieron expuestos a penetrantes medios informativos que los difundieran atrayentes estilos de vida, así como tecnología de origen extranjero, que constituyeron factores muy negativos en el comportamiento dual de las economías no desarrolladas.

El aporte latinoamericano en el campo del estudio del subdesarrollo y la dependencia ofrece dos vertientes de tipo cronológico. Para algunos enfoques, especialmente el de los sociólogos, estos fenómenos se desprenden de una etapa superior del capitalismo, por eso casi todos estos autores opinan que el capitalismo apenas comienza a manifestarse en nuestras tierras a partir del período europeo conocido como etapa industrial hasta nuestros días.

Contrario a lo anterior, economistas como el colombiano José Consuegra hacen uso del análisis histórico remontándose desde la propia conquista y la iniciación de la colonia, para encontrar en el exterminio masivo de la población indígena, de los valores culturales, de la expoliación de la riqueza y la distorsión natural del desarrollo económico y político, los orígenes del subdesarrollo y la dependencia⁸.

Consuegra parte del concepto de que es de esta manera como el capital europeo de la etapa mercantilista hace su presencia, aunque se ajuste a modalidades particulares en América Latina, desde la época colonial. Y esto tiene que haber sido así, por ser mercantilistas los españoles, portugueses, holandeses, franceses, ingleses o europeos en general, que pudieron llegar a nuestros territorios. Es absurdo conceptuar, entonces que los españoles impusieron un sistema de tipo feudal cuando el feudalismo europeo que se analiza en el esquema marxista y por todos los historiadores europeos, identifica al sistema feudal con la autarquía, la economía cerrada y tradicional, el comercio limitado casi apenas entre las ciudades amuralladas y el campo de la servidumbre.

Por el contrario, el capitalismo se inicia con el despertar del comercio, particularmente del internacional, la producción para el mercado y el concepto de riqueza basado en los saldos favorables del intercambio para obtener metales preciosos que se convertían en capitales. Este proceso se complementa y enriquece con las conquistas, llamadas "descubrimientos" (palabra mal concebida porque ya existíamos y el hecho de desconocer la vida precó-

lombina, no da derecho a decir que se "descubrió" a América). Lo que pasa es que en los nuevos sistemas de explotación prevalecieron valores y características de sistemas anteriores y dentro del marco del feudalismo español se mantuvieron características que nos fueron impuestas, acomodándose a la realidad latinoamericana, como es el caso de la encomienda.

Pero como ya lo han demostrado muchos autores de nuestra región, al lado de la encomienda existía la gran hacienda capitalista, manejada bajo los cánones de este sistema, al igual que la explotación minera. En estas circunstancias es que se aprecia claramente que la dependencia genera subdesarrollo y las relaciones sociales de producción prevalecientes en esos momentos son producto de la estrategia europea de la política económica del mercantilismo que se impone de manera inversa en las colonias para usufructo exclusivo de la metrópoli. Así, se facilita la exportación de los recursos en general (materias primas, metales preciosos, etc.) y a la vez se impone la obligación de importar todas las manufacturas de Europa e incluso, se llega al extremo de prohibir el surgimiento de empresas manufactureras que pudieran competir con las metropolitanas.

Cada uno de estos períodos, pues, alimenta la dependencia y el subdesarrollo, de acuerdo con las modificaciones de la época que la metrópolis regula para su propio provecho. En la etapa del coloniaje fueron características el saqueo directo, la sustracción directa de la riqueza a través del manejo de la economía y de la política, como también la imposición de una cultura, de un idioma, de una religión, de costumbres, etc. En la época pre y post independencia, la imposición de las doctrinas librecambistas agudizan la dependencia y alimentan más el subdesarrollo, al colocarnos exclusivamente como productores de materias primas y de importadores de manufacturas. Esto se logra de manera coercitiva, no gratuita, a través del apoyo que se da a los gobiernos títeres que aceptan sus legados doctrinario y sus mandatos ideológicos-políticos con la complicidad de las clases sociales dominantes.

Más tarde, el afianzamiento del subdesarrollo se logra a través de la explotación de los recursos con capitales extranjeros hasta llegar a las etapas de las grandes transnacionales, sobre la cual hay gran abundante bibliografía probatoria.

De todo esto se desprende que la dependencia y el subdesarrollo, tal como se concibe en el marco del sistema capitalista, tiene su razón de ser en la realidad de un desarrollo desigual, hecho que se pone en evidencia en diversas manifestaciones como el aprovechamiento tecnológico y en general de todos los medios de producción, el nivel de vida, el nivel cultural, etc. Como consecuencia de todo esto, o sea de una situación de dominación por un lado y de sometimiento por otro, debe concluirse que cualquier posibilidad de superación exige una estrategia defensiva propia emanada del estudio de la realidad concreta de cada región o país subdesarrollado.

En resumen, son los países dependientes y subdesarrollados los responsables a través de sus científicos sociales y de sus pueblos, de la construcción y enunciación de las teorías explicativas de esa situación y esto solamente se logrará al valerse del instrumental analítico propio de la dependencia y el subdesarrollo, pero con el cuidado de no tratar de embutir la situación latinoamericana con análisis distintos en el tiempo y en el espacio aunque éstos sean apoyados con el enfoque filosófico de la dialéctica.

Y para continuar con lo que ha venido afirmándose, esto se logrará si se acepta que el capitalismo actual no es idéntico al de hace cien años. Hasta fines del siglo pasado predominó el capitalismo premonopolista o de libre competencia. A principios del siglo XX cuando el desarrollo del capital monopolista hizo nacer el imperialismo, la sociedad capitalista se extendía al parecer sin tropezar con obstáculos insalvables y aún con la pretensión de ser la única forma racional y viable de organización económica y social. La guerra iniciada a fines de 1914 fue un signo de que las contradicciones del capitalismo se acentuaban grandemente; y es en esa fase precisa cuando en octubre de 1917 estalló la revolución socialista en Rusia, que de momento no se comprendió bien su significación histórica ni la influencia que ejercería sobre el mundo capitalista.

Dicha revolución puso fin a la universalidad del capitalismo y el triunfo y la consolidación del primer estado proletario señalarían el principio de una nueva etapa del imperialismo —la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo de Estado— y de una crisis general, ya no solamente cíclica, que además de intensificar viejas contradicciones agregaría una nueva y de mayor alcance histórico: capitalismo vs. socialismo, como expresión internacional de la lucha de clases y del antagonismo principal en la época de transición al socialismo.

El capitalismo monopolista de Estado —que en la teoría leninista es la última fase del imperialismo— cobra impulso y se reafirma a partir de la crisis iniciada en 1929 y especialmente al calor de la II Guerra Mundial y bajo el impulso del anticomunismo y la reconstrucción económica de los años de la guerra fría. Y aunque el desarrollo del sistema a escala mundial se vuelve a partir de entonces aún más desigual y contradictorio que antes, la creciente concentración y centralización del capital, el cada vez más alto grado de monopolio y las nuevas formas de integración e internacionalización en que se expresa la socialización de la producción capitalista, extienden y refuerzan al capitalismo monopolista de Estado, el que ya no sólo será privativo de las grandes potencias sino que empezará a desenvolverse con rapidez en algunos países capitalistas subdesarrollados.

Si se hace un esfuerzo puede plantearse como hipótesis que en El Salvador ha ocurrido eso mismo a partir de los años cincuenta y si bien el proceso exhibe modalidades propias que lo distinguen en muchos aspectos del ca-

racterístico de los grandes países capitalistas, tiene a la vez rasgos comunes que descubren la acción de las mismas leyes. Este sistema condiciona el proceso de acumulación de capital y en un sentido más profundo, la suerte toda del sistema, es decir, el carácter de las relaciones de producción, las formas de la división técnica y social del trabajo, los métodos de producción y las condiciones de distribución e intercambio del producto, los patrones de consumo, las modalidades del ciclo económico, las formas de explotación del trabajo y de reparto de la plusvalía, la estructura de clase y como es actualmente, las luchas entre ellas, expresada a través de la guerra, el carácter del Estado y el de la oligarquía financiera; y en fin, tanto el régimen político y la forma en que se ejerce el poder como el papel tributario que nuestra economía ocupa en el sistema capitalista internacional⁹.

Todo esto significa solamente conociendo con precisión estas peculiaridades de la economía salvadoreña se pueden definir cuáles son sus principales problemas y sentar las bases de su posible solución. Y postular que la situación se asemeja a la de un capitalismo de Estado es una manera práctica en dar cuenta objetiva a esos problemas. En efecto con ello quiere expresarse aspectos fundamentales como los siguientes:

- 1 La economía salvadoreña no es "mixta" ni está formada por un sector privado, un supuesto sector público y uno social que se entrelazan y apoyan armónicamente. Es una economía capitalista a la que le son inherentes graves desajustes y contradicciones que esencialmente se derivan por el predominio de la propiedad privada de los medios de producción. Esta situación se ha puesto en evidencia ante el fracaso de las llamadas reformas "estructurales" intentadas por la democracia cristiana en los años ocheta.
- 2 El capitalismo salvadoreño no es algo nuevo, llamado a resolver nuestros más graves problemas; es incluso la causa principal de muchos de ellos y el modo de producción dominante desde hace un siglo. La etapa en que se encuentra no es por tanto inicial sino, en un sentido histórico, la última del desarrollo del sistema.
- 3 El grado de concentración y centralización del capital, corresponde a una situación de franco dominio del capital monopolista en prácticamente todas las principales ramas de producción y el comercio de bienes y servicios.
- 4 Del capital monopolista emerge un poderoso sector financiero, en ocasiones identificado como oligárquico, que controla los principales centros del poder económico y que influye grandemente en la toma de decisiones y aún ejerce el poder político, naturalmente sin necesidad de que cada puesto importante se confíe a un banquero industrial o algún otro magnate.
- 5 La crisis que sufrimos no es únicamente cíclica ni menos una crisis monetaria pasajera que haya de resolverse con medidas sencillas como las

del plan de estabilización y reactivación o con la devaluación. Es una crisis general que afecta al capitalismo en su conjunto y de la que no puede escapar la sociedad salvadoreña, por su misma estructura.

La severidad de la crisis comprueba la creciente intensidad de las contradicciones capitalistas y la incapacidad del sistema para resolverlas. En otro sentido es una prueba de que si bien el sistema cuenta con recursos para hacer frente a esos problemas, los dilapida en gastos militares, consumo innecesario, desperdicio en obras supérfluas, corrupción, propaganda y sobre todo en mantener una guerra injusta.

Todo lo anterior revela que el capitalismo nunca podrá librarnos del subdesarrollo, la dependencia y la explotación y el hecho que el sistema recorra su última fase significa que la suerte está echada y que ya no es posible volver atrás y buscar en un pasado esperanzador lo que no puede ocurrir en el presente. Sólo avanzando hacia el futuro se encontrarán las soluciones.

Y si queremos deslindar más, sería más conveniente llamar a ese capitalismo "capitalismo del subdesarrollo" para distinguirlo tanto del capitalismo tradicional como del "precapitalismo" que ciertos autores suponen todavía dominante en los países atrasados. Inherentes a ese capitalismo son la dependencia estructural, el desarrollo desigual, la concentración de la riqueza y el ingreso, el subempleo crónico de los factores productivos, el enriquecimiento de unos cuantos frente a la miseria de las masas y como consecuencia, las características desfavorables del proceso de acumulación de capital.

La dependencia —y por ende el subdesarrollo— que sufre El Salvador no es sólo comercial, financiera o siquiera simplemente económica. Es una dependencia múltiple, entrelazada, profunda, verdaderamente estructural. El imperialismo no juega en ella el mero papel de un factor "externo" desfavorable, ni tan sólo de un "enclave" interno, como dice Singer. Es mucho más que ambas cosas: es el marco en que viven todos los países latinoamericanos y la base en que descansa el poder económico y político de las oligarquías que los gobiernan. Por eso la dependencia es estructural: porque el sistema económico-social de los países latinoamericanos es dependiente como un todo, y porque el subdesarrollo resultante es a la vez elemento orgánico, parte integrante de la estructura mundial capitalista.

Para ir sintetizando estos comentarios puede expresarse lo incorrecto de la conclusión de Pleitez en cuanto a que ni la corriente liberal ni la tercermundista "han sido capaces de proponer una construcción teórica capaz de mostrar el grado de complejidad del proceso de subdesarrollo". En lo primero se está de acuerdo, ya que por su mismo carácter y objetivo, no podía esperarse que de la corriente liberal surgieran políticas concretas para superar el subdesarrollo, antes bien, las políticas implantadas en Chile, Argentina o Uruguay con esta orientación, han constituido rotundos fracasos que han dejado en peores condiciones a los países que las practicaron.

Claro es que tampoco las prácticas de inspiración latinoamericanista han estado exentas de fallas, como ocurrió con el estructuralismo y el desarrollismo de los años sesenta, fallas que pueden localizarse tanto en el área conceptual como en la estrategia de ejecución, por haberse equivocado de camino.

En efecto, el "estructuralismo" enfatizaba en la modificación estructural, pero en la práctica se refería a la "estructura productiva" y no a la "estructura económica", lo que desde el punto de vista conceptual es muy importante y que empíricamente se ha puesto en evidencia especialmente en El Salvador, pues los intentos reformistas llevados a cabo en la década de los años ochenta sólo han revelado la incapacidad de esta tendencia para promover el desarrollo económico y social. Ahora está claro que el objeto del estructuralismo como modelo económico no era el de lograr los cambios en las relaciones sociales de producción que determinaría la modificación de la estructura económica, sino simplemente una innovación en la tecnología para mayor productividad y en la modernización institucional que alcanzara con estas enmiendas artificiales a lo sumo un crecimiento, pero no un desarrollo de países como el nuestro.

En la concepción estructuralista el fundamento se orientó a promover la "sustitución de importaciones a la industrialización interior", donde destacaron rasgos que caracterizaron también la ideología del desarrollismo¹⁰. El "desarrollismo" fue una corriente sin suficiente coherencia teórica surgida en los países dependientes con el propósito de "modernizar" con elementos más pragmáticos la teoría imperialista ortodoxa del comercio internacional y las inversiones extranjeras en los países subdesarrollados. En esencia se trata de una ideología subordinada a las exigencias de renovación estratégica del capital monopolista internacional sobre algunas bases reformistas superficiales y fragmentarias y no proclama la necesidad de cambios que supriman las causas fundamentales del subdesarrollo y la dependencia.

Como consecuencia de esa enajenación doctrinaria, algunos teóricos estructuralistas embargaron el contenido de sus formulaciones originales hasta coincidir con el pensamiento desarrollista que persigue la modernización y el encubrimiento de los términos en que actúan las inversiones foráneas sin alterar las relaciones sociales de la dominación externa. A nivel institucional un ejemplo de esta desviación lo constituyó la CEPAL, a la larga la máxima propulsora de la tesis estructuralista, que posteriormente se convirtió en promotora de la corriente desarrollista argumentando que el capital extranjero suple la insuficiencia interna de financiamiento y opera como factor generador del desarrollo, así como la sustitución de importaciones constituye el motor de crecimiento que liberaría a las economías latinoamericanas de los efectos perturbadores del comercio exterior. Así se degradó el estructuralismo institucionalizado en el pensamiento de la CEPAL como doctrina y fundamento de política económica.

La CEPAL ha interpretado los cambios estructurales de la región sin considerar o reconocer explícitamente la ampliación y el agravamiento de la dependencia que conlleva la incrustación de capitales extranjeros en los sectores productivos. En los análisis de la CEPAL se nota que realiza sutilmente la apología del desarrollo auspiciado por factores externos del antidesarrollo considera las transformaciones en la base productiva de las economías regionales con una óptica puramente cuantitativa, sin advertir que la procedencia y agentes de cambio se traducen en una exteriorización tributaria del crecimiento. El culto a la tecnología, la productividad y a la modernización desvía su atención al dinamismo de las fuerzas productivas sin tomar en cuenta que las relaciones de producción y de dependencia que rigen el comportamiento sufragáneo de la economía, enajenan el producto interno a la acumulación externa y vuelven más conflictivas las contradicciones del crecimiento desnacionalizado¹¹.

Como una reinvidicación, René Villareal reconoce que el pensamiento estructuralista es una manifestación de la búsqueda de un paradigma alternativo a las concepciones teóricas cuyos supuestos no se adaptan a las características de los países en desarrollo. En esta búsqueda la escuela estructuralista replanteó la importancia de la economía política y la necesidad de la intervención del Estado para transformar la estructura productiva, lo que constituye un gran acierto, a la vez que abre las puertas de un promisorio enfoque cuyo potencial está lejos de agotarse.

La rebelión estructuralista planteó nuevos problemas para los países latinoamericanos: el modelo de crecimiento e industrialización mediante la sustitución de importaciones es ineficiente debido a que los mismos objetivos pueden lograrse con menor sacrificio para la población del país que adopta esa estrategia, y tampoco atenuó el problema de la dependencia. Es más, la experiencia regional muestra que este modelo, aunque coadyuvó a la industrialización y el crecimiento, favoreció la creación de una estructura productiva desintegrada e ineficiente con poco avance tecnológico, además de que dejó sin resolver los problemas del empleo y la distribución del ingreso¹².

El estructuralismo, entonces, no alcanzó a configurar una alternativa teórica, un paradigma nuevo, pero fue una rebelión científica que quedó interrumpida, aunque consiguió mostrar que los trasplantes de las teorías neoliberalistas son inaplicables en países no desarrollados.

Para terminar entonces, el planteamiento no es como lo sostiene Pleitez sobre que la crítica tercermundista presenta debilidades en cuanto a la proposición de políticas concretas. El caso salvadoreño es ilustrativo al respecto, en cuanto que en 1980 quienes dirigían al país es muy seguro que tenían clara la política económica a ejecutar, pero tal vez no así su estrategia. Esto puede comprobarse si se recuerda que con el cumplimiento de las tres etapas de la reforma agraria se había concebido la modernización del sector agropecuario para alcanzar una mayor productividad y sobre todo una redis-

tribución más equitativa de la riqueza generada por el sector. Con la reforma financiera y del comercio exterior se pretendía democratizar el crédito de modo que todos los agentes económicos tuvieron el apoyo necesario tanto para la producción de consumo interno como la de los productos básicos de exportación, la diversificación agrícola, las actividades manufactureras y la producción de bienes no tradicionales de exportación y la comercialización interna y externa de esta producción, con el objeto de que todos los sujetos que intervinieran en estas actividades compitieran en condiciones semejantes para obtener los créditos necesarios y a la vez participaran más adecuadamente en los rendimientos del sistema.

Lo que sucedió después de 1980 en El Salvador ha comprobado que las propuestas tercermundistas no han fallado en sus planteamientos tóricos ni en la proporción de sus políticas, sino que simplemente ha quedado claro que, tal como ha ocurrido en El Salvador, sus dificultades prácticas se han debido al influjo de la penetración norteamericana por sostener un sistema de relaciones sociales internas alterable sólo en aquellos aspectos que ella considera conveniente. Esa puede ser la conclusión más objetiva, y a la vez reivindicativa, de los esfuerzos de los teóricos tercermundistas.

NOTAS

1. Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas": Boletín de Ciencias Económicas y Sociales Año IX No. 5, Sept./Oct. 1986 P. 304-322.
2. Ibid P. 320.
3. Cita del prólogo de la obra "Teoría de la Inflación, el Interés y los Salarios" de José Consuegra Higgins. Editorial Plaza y Janés. Colombia, 1982. P. 14.
4. Carta del 24 de agosto de 1987. Citado por Raúl Rojas Soriano en "Métodos para la Investigación Social. Una Proposición Dialéctica" Folios Ediciones, 1985. P. 106.
5. Pleitez, W. Opus Cit. P. 311.
6. Brand, Salvador Osvaldo. El origen Latinoamericano de las Teorías de la Moneda y de la Inflación. (en prensa) P. 77.
7. Berend, Ivant T. "La Indivisibilidad de los Factores Sociales y Económicos del Crecimiento Económico". Ensayo incluido en Jezy Topolski y otros, "Historia Económica: Nuevos Enfoques y Nuevos problemas". VII Congreso Internacional de Historia Económica" Barcelona 1981. P. 37.
8. Consuegra, José - El Control de la Natalidad como Arma del Imperialismo". Editorial Plaza y Janés, Colombia.
9. Aguilar, Alonso; Fernando Carmona y Jorge Carrión. Problemas del Capitalismo Mexicano. Editorial Nuestro Tiempo. México. 1977 P. 10-12.
10. Malavé Mata, Héctor: Dialéctica de la Inflación. Fragmento publicado en "Crítica a la Teoría Económica Burguesa". Editorial Nuestro Tiempo. México 1981. P. 332-333.
11. Malave Mata, Héctor. Opus Cit. p. 336
12. Villareal, René. La Contrarrevolución Monetarista. Teoría, Política e Ideología del Neoliberalismo. Ediciones Océano. México 3a. Edición 1984. P. 175-181.